

LOS HIJOS DE DON BOSCO

NOTICIAS DE NUESTRAS CASAS DE AMÉRICA

Patagonia Meridional.

Puntarenas, 15 Marzo 1889.

Carísimo señor D. Rua:

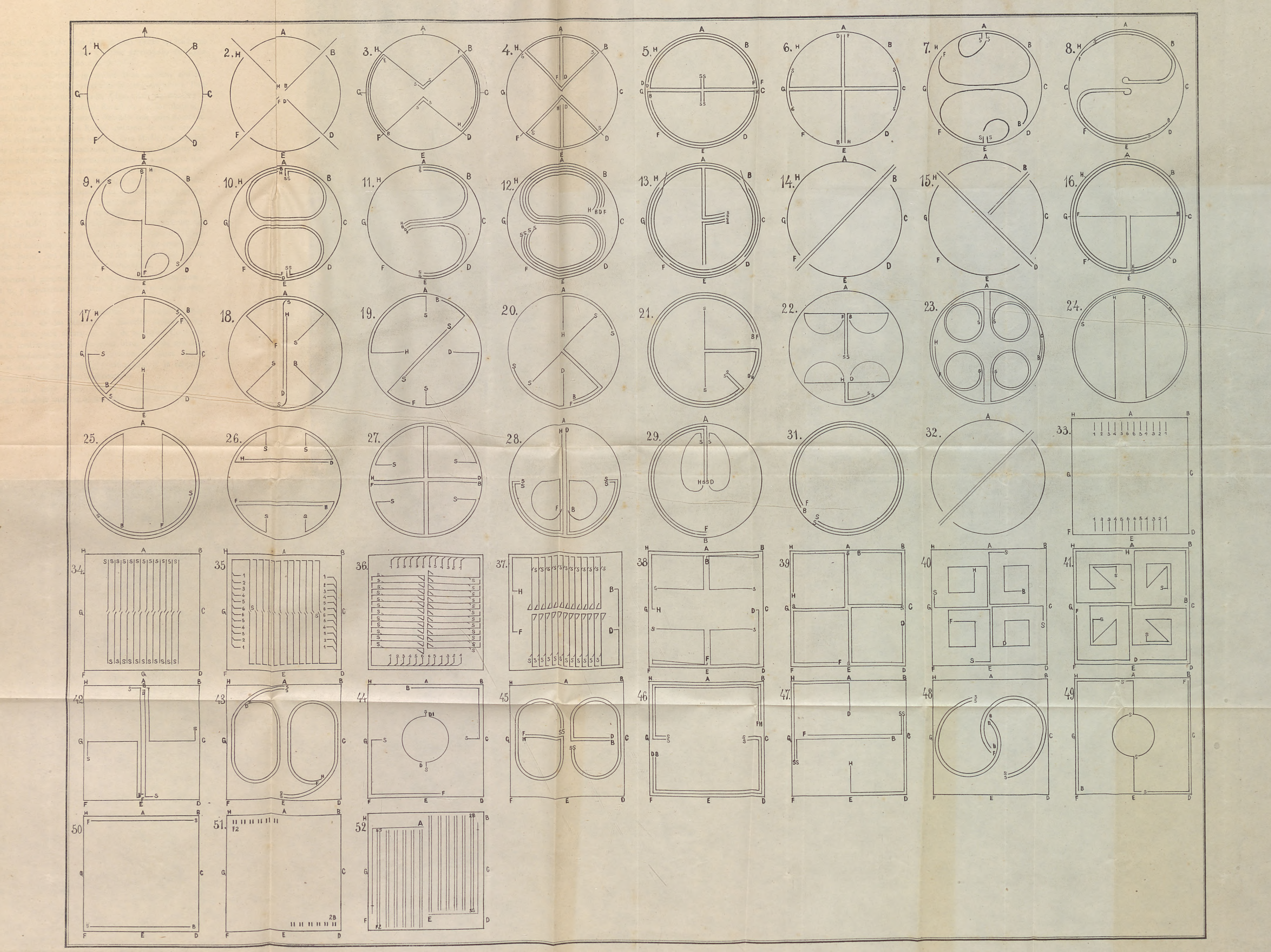
Héme aquí de vuelta de mi viaje á Tierra del Fuego donde han quedado D. Antonio Ferrero y el coadjutor Juan B. Silvestro.

Antes de emprender semejante viaje traté de informarme de la suerte de nuestros pobres salvajes; y obtuve la noticia siguiente: En Julio del año pasado catorce hombres bien armados dirigiéronse á la parte oriental de la isla á buscar oro, y encontráronse con una tribu de indios. Tales exploradores, aunque se dicen cristianos, pretextando ser acometidos, hicieron fuego contra los salvajes y mataron cerca de cuarenta.

palabra. Hiciéronseles señas, se acercaron y á la palabra del indio desembarcaron.

Comenzaron á su vez por decir que no les guiaban intenciones hostiles y pidieron galleta, tabaco y pantalones. Dijeron en seguida que no venia el capitan Antonio porque habia muerto. Este capitan Antoni) era un indio, à quien un comerciante habia hecho embarcar en un vapor aleman de la línea de Amburgo á Valparaiso. Habia hecho el viaje de ida y vuelta; más tornando à Puntarenas abandonó el vapor y continuó su vida salvaje. Mucho lo estimaban los indio-, porque algo habia ganado en contacto con la gente civilizada. Las pequeñas tribus hablan del capitan Antonio como si le hubieran reconocido por jefe, creyendo ser este un título de recomendacion. Mas el pobre capitan Antonio apesar de su rose con gente civilizada, no llegó á conocer las verdades fundamentales de la religion, pues los protestantes ningun interés muestran en la conversi n de estos infelices. Vuelto à la vida salvaje dióse á robar, y descubierto y perseguido por los soldados se alejó para no caer en sus manos.

Pensó Don Ferrero en dar hospedaje à los recien llegados; preparóles una cabaña, ¡ah! cuántos signos dieron entonces de contento y como recordaron al *Capitan bueno*! Tratóse en seguida de enseñarles á lavarse y arreglarse los cabellos para librarse de ciertos insectos. Don Ferrero y Silvestro procuraron persuadirlos, mostrándoles vestidos y cubiertas de color rojo c n que regalarían à los que le diesen oidos. Al efecto púsose Silvestro una cubierta roja sobre las espaldas y denotando alegria se puso á bailar, diciendo: ¡qué lindo! ¡qué lindo! Dió buen resultado la estratagema, pues, luego se acercó un muchacho de quince años para que le cortaran el pelo. Silvestro lo llevó al mar; allí á veinte pasos, lo jabonó bien, le cortó el pelo, le vistió de camisa, pantalones, chaleco y blusa, le puso un gorro colorado, y le dió una cubierta del mismo color. Presentóle en seguida á los indios, quienes viéndolo transformado: ¡A mí! ¡à mí! gritaron todos, empeñados en qne se les cortara los cabellos y en lavarse y vestirse


1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.
25.
26.
27.
28.
29.
31.
32.
33.
34.
35
36.
37.
38
39
40
41.
42
43
44.
45
46
47.
48
49
50
51.
52

como aquel. ¡Oh, querido don Rua, cuanto siento no haberme hallado presente á la tal escena y haber participado de algun mérito en semejante obra de misericordia!

En dos dias se terminó la operacion. Bien aseados, vestidos y contentos aquellos indios comenzóse la obra espiritual. Don Ferrero empezó como nuestro padre Adàn á dar un nombre á cada uno: Miguel al jefe, Manuel, Rafael etc, á los dem's; y ahora cada uno se goza en sentirse llamado con tales nombres. Delante de la estatua de San Rafael, patrono de esta mision, y de Maria Auxiliadora nuestra buena y cara Madre, les enseñó enseguida à recitar algunas oraciones. Al Domingo siguiente advirtió que todos juntamente con sus auxillares asistieran á la santa Misa y explicaciòn de la doctrina. Al toque de la campana todos acudieron á la capilla de San Rafael, y cuando debía comenzar la misa, una india, recordando la advertencia, sale de improviso y luego vuelve trayendo de la mano á un hijo suyo que había quedado divirtiéndose afuera. Admirable fué la atencion que mostraron; sin hablar palabra seguían todos los movimientos del sacerdote. Concluida la misa y avisados que era tiempo de retirarse, salieron hablando con gran admiracion de los ornamentos del Capitán bueno, con alta idea de la funcion celebrada y con la confianza de no volver á padecer enfermedades.

Instrùyense al presente en las principales verdades de nuestra santa fe, y esperamos que para la próxima pascua puedan bautizarse.

Sirva esta relacion para animar á nuestros hermanos del Colegio de las Misiones y hacerles perseverar en su vocacion; sirva para alentar el celo de nuestros Cooperadores en la continuacion de esta santa obra, á fin de que con sus socorros podamos atender á la salvacion de tantas almas y conservar esta raza que llegaria à extinguirse si la religion y civilizacion no concurriesen à proregerla.

Luego partiré para visitar á estos catecùmenos, y á mi vuelta podré añadirle otras noticias. Entre tanto nos recomen-

damos à las oraciones de todos los nuestros á fin de que salvando otras almas podamos salvar las propias.

Todos mis hermanos y las Hermanas de Maria Auxiliadora, residentes en Puntarenas, besan las manos de Ud. y le piden su bendicion.

Su aff. en J. y M.
JOSÉ FAGNANO, Pref. Apost.





Del Brasil.

Caxambú (Minas Geraes) 6 do abril de 1889.

Revmo. Sr. Rector Mayor:

Permita, amadísimo Padre, que mientras estoy en convalecencia, distraiga su tiempo con la presente.

Comenzaré por referirle una gracia concedida por María Auxiliadora en el día último del año próximo pasado; le contaré en seguida un hecho en mi favor que comprueba el dicho: *Nihil habentes et omnia possidentes*, aplicado á los religiosos, y por fin le diré dos palabras sobre Caxambú donde me hallo al presente.

Hé aquí la gracia: El 31 de diciembre del año pasado fuí llamado á confesar al Morro de Atalaya, lugar un tanto distante de nuestro colegio de Nictcheroy, y el cual me experaba una aventura. Al venir acá visité la casa de un pobre ciego, de edad avanzada, llamado Juan Francisco de Souza, el cual dos días hacia que deliraba. Al verlo rogué é la familia me dejara solo con el moribundo á lo cual en el acto accedieron. Mas notando que no podia hacerle comprender al pobre ciego que yo era un sacerdote que llegaba para confesar-

le y luego temiendo que á causa de los vómitos constantes que padecia quedase privado de los consuelos de nuestra religion llamé á aquella pobre gente, y juntos todos invocaron la ayuda de María Auxiliadora; puse en seguida una medalla de la misma advocacion en manos del enfermo y le dí la bendicion de Maria Auxiliadora.

¡Oh, bondad inefable del corazón de María Auxilio de los cristianos! Cesaron los vómitos; y como al enfermo se le cayera de la mano la medalla, llama afligido á la hija y le pide que se la busque y la ponga al cuello. En seguida, conmovido, me ruega que se confiese. Bien se imaginará. Reverendisimo Don Rua, la impresion producida en la familia y circunstantes por semejante gracia. Quedando á solas con el enfermo, éste anegado en lágrimas hizo la santa confesion. Llamé enseguida á la familia para que asistiese á la administracion del óleo santo, que recibió con indecible devoción y contento. Hecho esto no cesaba él de exclamar: «¡Que dicha la mia, que V. haya venido á confesarme! ¡Dios y la Santísima Virgen se lo paguen! Y repetidas veces me cogía la mano para besármela agradecido. Al dia siguiente entregaba tranquilo su alma al Señor.

Pasaré sin preámbulos al segundo punto de ésta: Habiendo caido yo enfermo en Diciembre p. pdo. y recaido en Enero y de nuevo en Febrero, atormentado con una fiebre paludica y congestion del higado, aconsejáronme los médicos cambiara de aire por cierto tiempo y viniera á tomar las aguas minerales de Caxambú en la provincia de Minas Geraes.

Bien, muy bien; ¿pero de donde sacar recursos para esto? ¿De dónde? Ya lo verá. Sin pedirlo á nadie, un amigo y bienhecher vino á rogarme que le acompañara á Caxambú, que yo nada tendria que gastar por la residencia en aquel lugar. Todo esto corria por su cuenta. Pero el viaje por ferro-carril ¿quien lo pagará? Son menester veinticinco pesos y en casa según costumbre, *viviendo al dia*, no teniamos ni diez pesetas. Hé aquí que

una cooperadora al saber que se trata de este viaje me ofrece veinticinco pesos para el tren y otra 2 1[2 para los pequeños gastos. ¿No es el caso de decir: *Nihil habentes et omnia possidentes*? Además me ha cabido en suerte la gratísima compañía del Illmo. Sr. Lino Obispo de San Pablo, que ha venido tambien, à causa de su mala salud, á tomar estas aguas y gozar de este buen clima. Ha venido con un distinguido Canònigo, párroco de Una y de su buen secretario el Sr. presbitero P. Porfirio.

El primer día visitóme el director del establecimiento para aconsejarme el uso que debiera hacer de estas aguas, indicarme la fuente á que debía concurrir, y luego añadió:

—Reverendo Padre, uo se preocupe por gastos; Ud. aqui solo debe dejarse cuidar.

Y á la verdad que soy tratado como príncipe. ¡Dios sea bendito!

Me siento ya casi del todo restablecido y espero poder estar pronto de vuelta en el colegio de Santa Rosa.

La poblacion de Caxambù pertenece eclesiàsticamente á la parroquia de la ciudad de Baependy en la provincia de Minas. Hàllase situada en un pequeño valle de dos kilòmetros de largo por quinientos de ancho, atravesado por el rio Bengo, que corre de Sur à Norte. Circundado este valle de Colinas, llama entre éstas particularmante la atencion por su altura y belleza la llamada *Morro de Caxambú*, situada al poniente. Las fuentes encuéntranse en este morro à 884 metros sobre el nivel del mar, y de éstas hasta la cima hay 180 metros. He subido ya à ella con el Illmo. Sr. Obispo, el Canònigo, el Secretario y con un gtande astrónomo y fisico, el capuchino R. P. Germano.

El clima en todo tiempo es aquí excelente; pero en particular en esta estacion otoñal. La temperatura media varia entre 17 y 19 grados centígrados.

Las noches son hermosísimas; claras, con cielo siempre estrellado y atmòsfera fresca. Al amanecer se nota una densa pero seca neblina que desaparece con la salida del sol. Actualmen e el termòmetro marca en la mañana de 6 à 18 grados sobre cero y

en el dia sube á lo más hasta 26. El ascenso y descenso de la columna termométrica es gradual y uniforme sin el menor cambio repentino.

El invierno á las 7 de la mañana el termómetro marca 4 grados centígrados sobre cero.

Las fuentes analizadas de Caxambú pueden dividirse en dos clases: unas alealinogaseosas y las otras ferruginosas. Entre los buenos efectos de las primeras uno de los principales es sin duda el considerable aumento del apetito, como quiera que facilitan en gran modo la digestion. Las segundas son particularmente tónicas y reconstituyentes. Casi todos estos datos los tomo del libro *Aguas minerales de Caxambú* del Dr. Viotti.

Con este buen clima y el uso de estas aguas en poco más de veinte dias siento gran mejoría y casi completo restablecimientos

Su Señoria Illma. el Obispo Lino me pide ofrezca á Ud. sus respetos. Sírvase bendecirnos, amadísimo padre, y disponer de todo el afecto de su humildísimo hijo en J. C.

Carlos Perreto.


Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600984325